

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 80 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones, y en este caso se certificará la carta, ó en letras de fácil cobranza.

APARECERÁ LOS VIERNES

Redacción y Administración: Hernán-Cortés, 8, pral.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de redacción, á Pablo Iglesias; la de administración, á Antonio Torres.

VAMOS Á CUENTAS

Importa mucho, en las circunstancias actuales, esclarecer la situación de nuestro Partido, fijar bien sus linderos, determinar las diferencias que nos separan de los demás partidos políticos, principalmente de los que han acaudillado hasta ahora las huestes populares. Los equívocos en política han sido siempre funestos á la clase trabajadora; en lo porvenir podrían ser desastrosos.

Declararemos ante todo, y una vez más, que el Partido Socialista Obrero no tendría razón de ser si no fuese un partido de clase y si, contentándose con las reformas paulatinas de las instituciones político-económicas dentro del orden social presente, no se propusiera por objeto la transformación completa de la propiedad, aboliendo de un golpe el régimen capitalista y la clase que lo sustenta, y esto del único modo que es posible realizarlo y que se han verificado siempre semejantes transformaciones: por la fuerza. Esto sentado, es fácil conjeturar qué diferencias, por no decir qué abismos, nos separan aún en el terreno político de todos los partidos existentes.

En todos tiempos los partidos avanzados — liberales, progresistas, radicales, republicanos unitarios y republicanos federales — se han valido de un argumento que ellos creían irrefutable para retener en sus filas á los trabajadores sedientos de libertad y de igualdad. Cada vez que los socialistas revolucionarios presentaban á los ojos de la clase obrera el cuadro de sus males y, poniendo el dedo en la llaga social, le descubrían la causa de sus miserias y la excitaban á sacudir el yugo de sus insalvables explotadores, los políticos más avanzados ponían el grito en el cielo. Si estaban en la oposición, decían á los propagadores de la nueva doctrina: «Lo que proclamáis es muy cierto, muy justo; pero dejadnos resolver antes la cuestión política; si nos lo impedís, si ponéis obstáculos á nuestro advenimiento al Poder, no lograremos, al perderlos, sino vuestra propia pérdida.» Y á esta argumentación, que podríamos llamar *ab hominem*, los trabajadores se sometían inconscientemente, sin ver lo que había de falso é interesado en el fondo, y la cuestión económica, la cuestión vital para nuestra clase, quedaba relegada al segundo término. El que insistía era acusado de traidor, de vendido á los monárquicos, á los clericales, etc., etc., ó por lo menos de instrumento involuntario de la reacción.

Y cuando estos redentores del pueblo llegaban al Poder, la canción era la misma, variando solamente el tono: «¡Nadie se mueva, exclamaban, ó estamos perdidos! ¡No demos pretexto á la reacción para que levante la cabeza!» La reacción significaba en esta coyuntura la clase que llaman conservadora, compuesta de los disfrutadores de los monopolios, de los explotadores y opresores del trabajador, en una palabra, de los que el pueblo cándido é inocente creía haber aniquilado con el régimen político que acababa de derribar.

Nosotros oímos en 1873 á uno de los prohombres del partido republicano, que ocupaba uno de los primeros puestos, si no el primero, en aquella república grotesca, esta frase, que repetía sin cesar: «Para que se salve la República es preciso que todos los republicanos estén como en misa.» Es decir, que nadie se atreva á levantar la voz para reclamar la desaparición de los más escandalosos abusos, la realización de las reformas tantas veces ofrecidas ni para protestar contra unos hombres que tan descaradamente faltaban á sus compromisos. En verdad, para dejar las cosas en el mismo estado, para gobernar en beneficio y á satisfacción de las «clases conservadoras», no vemos el interés que podía tener la clase obrera española en el sostenimiento de la llamante república. Como no fuera por el gusto puramente platónico de contemplar en la cumbre del Poder á los ilustres charlatanes que por espacio de tantos años la habían entretenido con sus falaces discursos. No de otro modo se explica que el día del cataclismo la República española no encontrase ni un solo defensor, bastando un general loco y un pelotón de quintos para barrer de la manera más ignominiosa que la Historia registra un Gobierno y unas Cortes que encarnaban, al parecer, el pensamiento de la nación.

Hoy la causa está vista, como dicen los letrados; no ha lugar á tergiversaciones ni distinguos. Tenemos las pruebas de la incapacidad de los republicanos para realizar su propio programa. El partido republicano, partido burgués, partido de la clase capitalista, no puede fundar la verdadera república, ni la verdadera democracia, ni la verdadera libertad. Y esta es la diferencia esencial que existe, en el terreno político, entre las varias fracciones del partido republicano y el Partido Socialista Obrero.

Nuestro partido es el único que puede establecer en España, como en los demás países civilizados, la república democrática y federal. Pero nuestra democracia no será, como hasta aquí, el mando de una oligarquía, sino el gobierno directo de los trabajadores, mientras dure el

período de transición necesario para llevar á término la transformación de las instituciones sociales y la organización de las fuerzas productoras bajo la nueva forma comunista, y para cortar definitivamente las garras del monstruo burgués; después de lo cual desaparecerá naturalmente el Estado político, dejando el campo libre á la república del trabajo, á la federación de las asociaciones obreras.

Pero esta federación no se parecerá en nada al federalismo de los que reconocen por jefe al Sr. Pi, ni á la autonomía cantonal, que no sería otra cosa que el triunfo del caciquismo, cien veces más odioso y tiránico que el sistema que nos rige, puesto que no tendría por contrapeso el poder central. Nuestra federación, consecuencia ineludible del aniquilamiento total de la burguesía, como clase y como poder, será la unión lógica, racional, necesaria, de todos los productores, primero por oficios; después de los diferentes oficios entre sí, por municipalidades, por comarcas, por regiones, y últimamente general de todas las regiones emancipadas; federación cuyos órganos serán grandes Jurados ó Consejos encargados de dirimir las contiendas relativas á la producción y á la repartición de los productos.

Ya ven los republicanos de todos matices, y los trabajadores que tienen todavía la candidez de fundar esperanzas en un sistema político que no difiere de los sistemas monárquicos más que en la forma, que no hay nada de común entre ellos y nosotros. Y si después de esto vienen todavía acusándonos de poner obstáculos al planteamiento de la República, les diremos que son ó unos sandios ó unos hipócritas. Al separar los elementos socialistas revolucionarios de la burguesía republicana; al cortar al partido republicano la *cola del socialismo*, facilitamos, por el contrario, su advenimiento al Poder. Como hasta ahora ningún partido político ha triunfado en España por medio de la revolución sino con ayuda del ejército ó, mejor dicho, de sus jefes, que son los representantes armados de la burguesía; y como el partido republicano, en sus varias fracciones, se halla en el mismo caso, y la prueba de ello es que sus hombres más activos y emprendedores sólo cuentan para el triunfo con el elemento militar, claro es que, al descartar el problema político que hoy se agita las cuestiones económico-sociales, que no sólo son contrarias á sus intereses, sino que no pueden caber en la estrecha mente de un general, allanamos á los posibilistas, zorrillistas y federales el camino del Poder, sin contar con que las «clases conservadoras», al verlos purificados del virus socialista, no tendrán reparo, cuando la ocasión se presente, en prestarles su apoyo, según ya empiezan á hacerlo: ejemplo, la reciente elección de Pi.

Cesen, pues, los republicanos en sus falsas y ridículas acusaciones, y luchemos cada cual en nuestro campo: ellos por la república burguesa, conservadora de todos los privilegios, de todos los monopolios, de todas las instituciones sociales existentes; nosotros por la república del trabajo, que sólo puede fundarse sobre la ruina del régimen capitalista y después de haber transformado la propiedad individual y corporativa de los medios de producción en propiedad común ó de la sociedad entera. Conspiren ellos con los burgueses de todas categorías y con los militares de todos los grados, para hacer un pronunciamiento más, mientras nosotros organizamos las huestes proletarias para llevar á cabo la gran Revolución, la primera que se habrá hecho en España, y si no nos equivocamos la última.

¡QUÉ AMIGOS TIENES, BE... NOT!

A fuer de agradecidos, nosotros los socialistas hemos de ayudar cuanto podamos la impropia y lacrimosa tarea que en estos momentos vienen realizando los partidarios de la República, y muy especialmente los coligados.

Sorprendidos del resultado alcanzado por sus candidatos en las elecciones últimas, en las cuales un censo más ó menos elevado ha privado del voto á las masas productoras, es de admirar el empeño exquisito, el imponderable celo con que los periódicos y los prohombres republicanos vienen consagrados á demostrar lo que para nosotros há tiempo está demostrado, esto es, que la República es la forma de gobierno genuinamente burguesa, y que nada pueden temer de su advenimiento los monopolios y los intereses burgueses.

Hay verdadero pugilato por llevar la confianza á estos elementos, por conquistar su apoyo, y en él rivalizan zorrillistas y federales, simplificando con sus esfuerzos la obra de deslinde de clases que viene realizando el Partido Socialista Obrero. ¿Cuál es hoy la nota dominante en los artículos de la Prensa coligada, lo mismo que en los discursos de Pi, Salmerón, Portuondo y de-

más astros más ó menos brillantes del ciclo republicano? Esta, traducida en lenguaje liso y vulgar:

«Alta y baja burguesía, nosotros somos tus verdaderos representantes, los más fieles guardadores de tus intereses, los más escrupulosos defensores de tus privilegios, y la última elección nos demuestra que así lo vas comprendiendo. ¿Qué significan, si no, los 30.000 votos que acabas de dar á Pi, el hombre que hasta hace poco creías simbolizaba un ataque á tus monopolios? Pues significa que ante tu vista se ha desvanecido el fantasma, y que el que reputabas la representación del espectro rojo sólo ha aspirado y aspira á merecer tus simpatías. ¿Qué significa el triunfo de Salmerón allí donde no lo han logrado López Domínguez ni Romero Robledo? Pues significa que no sólo aquel hombre no es temible para los intereses conservadores, sino que hasta el Gobierno lo reconoce así coadyuvando á su elección.... Es, pues, necesario que depongas todo recelo: si un tiempo nos creíste tu enemigo, era porque al halagar los apetitos de las masas pensabas engañada que constituíamos un peligro para tu existencia: mientras la ignorancia popular nos prestaba ciega confianza, con ella contamos como escabel de nuestras ambiciones; pero desde el momento que el virus socialista ha penetrado en su sangre, hemos tenido que arrojar el antifaz, y en la lucha de clases planteada no cabe ya vacilar. Somos burgueses, y á ti nos ofrecemos, burguesía. Desaparezca, pues, por absurdo, todo antagonismo entre republicanos y monárquicos; nuestros intereses son idénticos y nuestro fin común la explotación: sólo una cuestión de forma nos divide. La Monarquía cuesta cara; la República es más barata, y al mismo tiempo garantiza mejor nuestros privilegios. Establezcámosla sin temor, seguros de hallar en ella el más firme sostén del organismo burgués; y cuando nuestra codicia explotadora provoque la resistencia y la cólera del despreciable proletario, nosotros rivalizaremos en saña con la burguesía francesa, belga y norteamericana, y ahogaremos en sangre toda protesta obrera.»

Convencidos los republicanos de que ciertos antecedentes les imposibilitan para llegar á la suspirada meta, cifran hoy todo su afán en aligerar la impedimenta, y ascienden por la senda del Poder arrojando todo lo que en otros tiempos les hacía aparecer como defensores y amigos del trabajador. Nosotros, pues, nos hallamos dispuestos á ayudarles en la empresa, y para ello nos basta con señalar los esfuerzos que á ella dedican.

En nuestro último número demostramos que *La República* no se había acordado de una ley hecha por sus amigos hasta que una Asociación obrera ha reclamado su cumplimiento, y al propio tiempo probamos que los republicanos explotan al obrero en mayor escala que los mismos carlistas; afirmación que aquel periódico no puede rechazar, y que ha confirmado con el silencio. Hoy vamos á hacernos cargo de algo que, á propósito de la reunión obrera en que se trató de reclamar que se ponga en vigor la ley relativa al trabajo de la mujer y el niño, ha dicho otro periódico también federal, *La República Española*, en contradicción completa con lo expresado en el asunto por su homónimo sin adjetivo.

Refiérese á las censuras lanzadas en aquella reunión por los obreros contra la Prensa y los partidos burgueses, y exclama:

«La Prensa no debe pedir el cumplimiento de una ley que no puede cumplirse, como es la ley de 24 de julio de 1873.»

Esto, dicho por un periódico del partido que ostenta como su mayor gloria la referida ley, verdaderamente no tiene precio. ¿Luego su amigo el Sr. Benot, luego las Cortes federales hicieron una ley que sabían que no podía cumplirse? ¿Luego es cierto lo dicho por nosotros de que sólo se trató con ella de halagar á los trabajadores? ¿No es esto el más horrible sarcasmo lanzado al rostro de los que, ávidos de poner coto á la explotación burguesa, derramaron una y otra vez su sangre para encumbrar á los que se llamaban sus redentores? Sépanlo, pues, los obreros: los republicanos hicieron una ley que sabían no puede cumplirse, y un periódico federal lo declara así con el mayor cinismo.

Y después de esto, ¿cómo sostiene que sus amigos no tuvieron tiempo para plantearla? Si sabían que no podía cumplirse, ¿habían de perder el tiempo en ello? No, lo que hay es que esa ley, como otras de la misma índole que reclama con urgencia el estado de la clase obrera, no serán una verdad mientras ésta, pesando con fuerza incontestable sobre los Poderes burgueses, no las arranque y las mantenga como conquista propia, no como dádiva engañosa y de mala fe otorgada.

El argumento empleado por *La República Española* para sostener su afirmación es el que alegan los patronos: que es tiránico prohibir á los padres que sus pequeños vayan á la fábrica y al taller para ayudar con su salario al sostenimiento de la familia obrera.

Para demostrar lo deleznable de tal argumento, basta recordar que aquella ley no prohíbe el trabajo del niño, sino que fija en diez años la edad para su ingreso en el

taller; que limita la duración de la jornada hasta llegar á los quince. ¿Es esto impracticable? ¿No está claro que la imposibilidad de la ley consiste únicamente en que el burgués rechaza toda traba que le impida realizar su explotación con el menor gasto posible, y que nada más abonado para esto que imponer al niño una jornada de diez ó doce horas? ¿Acaso entra para nada en las miras del burgués el sentimiento humanitario y el deseo de allegar recursos á la familia proletaria? De ningún modo. Mientras el obrero adulto solicita hoy en vano ocupación, ¿no vemos en muchas industrias que la mujer y el niño son preferidos á aquél? Es, pues, sofisma insostenible el de que se pretenda privar al padre necesitado de la ayuda de su hijo; lo que se quiere es disponer de brazos baratos, y éstos los proporcionan el niño y la mujer á costa del sacrificio de estos seres delicados y rompiendo los vínculos de la familia obrera.

Dice *La República Española* que nunca el industrial va en busca del niño y de la mujer para explotarlos; y para probarle que aun en esta afirmación ha estado desgraciado, lea el siguiente anuncio, que, como otros muchos que pudiéramos citar, revela la tendencia general de la industria á hacer imposible la existencia del obrero adulto:

«En la fábrica de papel de basares, *La Estrella*, de D. Anselmo Martí, calle de Segovia, 17, Madrid, hacen falta niños y niñas para iluminar.»—(*El Imparcial* del domingo último)

Conste, pues, que *La República Española*, deseosa de ayudar á los prohombres republicanos en la tarea de conquistar las simpatías de los conservadores, ha dicho á éstos: «La única ley hecha por la República, que en parte mínima favorece á los trabajadores en contra de los burgueses, es una ley que no se puede cumplir.» Y como dicha ley es debida á la iniciativa del federal señor Benot, acusado por su correligionario de incapacidad ó mala fe, de hoy más podemos decir: ¿Qué amigos tienes, Benot... not!

CUMPLIMIENTO DE UNA LEY

La Junta Directiva de la Asociación del Arte de Imprimir, de Madrid, acaba de publicar en el órgano oficial de la misma la exposición que, con arreglo á lo dicho y aprobado en el numeroso *meeting* obrero celebrado el 18 del pasado abril, han de dirigir al presidente del Consejo de Ministros las Sociedades obreras y los individuos que estén conformes con reclamar de los Poderes públicos el cumplimiento inmediato de la ley de 24 de julio de 1873 regularizando el trabajo de los niños en las fábricas y talleres.

Como el asunto afecta en alto grado á los intereses de la clase proletaria, reproducimos en nuestras columnas el contenido de la citada exposición, y recomendamos vivamente á nuestros compañeros de trabajo den á ella su firma, á fin de que, revistiendo extraordinaria importancia reclamación tan justa como razonada, pongamos á los representantes de la burguesía en el caso de atenderla ó de mostrar de una manera explícita y terminante que no está en su ánimo cumplir las leyes que en algo puedan favorecer á los asalariados. En uno ú otro caso, la causa proletaria obtendrá algún provecho. Si el Gobierno atiende la reclamación y procura que la ley se cumpla, corroborará con su conducta lo que tantas veces hemos dicho: que la burguesía no hará nada en pro de nuestros intereses, sino obligada por la presión de la fuerza obrera y por la actitud enérgica y decidida de ésta. Si la reclamación no es atendida, muchísimos trabajadores que todavía no creen en la existencia de dos clases, antagónicas y opuestas por sus intereses y la posición social que cada una ocupa, se convencerán de la verdad de este hecho y vendrán á alistarse en las filas de los que aspiramos á poner fin á ese antagonismo destruyendo el sistema capitalista y fundando en su lugar el imperio de la armonía y la igualdad.

También recomendamos á los trabajadores y sociedades tengan presente la nota que va al pie de la exposición, pues en ella se indica el tiempo hábil para admitir las adhesiones y las firmas, y la dirección donde han de enviarse.

Dice así la referida exposición:

Al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros

«Excmo Sr.: A medida que el desarrollo industrial, naciendo de las exigencias del mercado, hace en España más fáciles los medios de producción y se coloca en condiciones de poder abaratar los géneros destinados al consumo, la pequeña industria pone en juego diferentes resortes, sean autorizados ó penales, para hacerse fuerte en la lucha resultante de la ley económica de la concurrencia. A las ventajas de acumulación de elementos mecánicos que simplifican ó relevan totalmente el trabajo muscular del hombre, y á los que nacen de la adquisición de primeras materias en grandes partidas, los pequeños industriales oponen en provecho suyo tres principales medios, á saber: la reducción extremada de salarios, cosa fácil de conseguir á expensas del exceso de brazos productores; la baratura de locales incómodos y malsanos en que se efectúa la instalación de los talleres, y, finalmente, el reclutamiento de verdaderos ejércitos de niños y mujeres, cuyo trabajo, casi siempre superior á las fuerzas equitativas de unos y otras, es pagado á un precio escandalosamente ruin.

«En la imposibilidad de poner freno á todos estos intolerantes abusos, cometidos con audacia provocadora, la Asociación del Arte de Imprimir, recordando la existencia de la ley de 24 de julio de 1873, que regula el trabajo de los niños y el de las mujeres, se limitó á practicar algunas gestiones encaminadas á hacer cumplir lo preceptuado por ese texto legal, vigente desde su promulgación y jamás puesto en verdadero vigor por ningún

Gobierno de los que se han sucedido en el Poder desde aquella fecha. Primeramente se dirigió á todos los dueños de taller para notificarles su propósito de llevar el asunto á los Tribunales competentes; después presentó á los Juzgados municipales de los distritos de la Inolusa y Palacio varias denuncias de infractores de la ley; más tarde dió á una Comisión de su seno el encargo de celebrar una entrevista con el Sr. Montero Ríos, Ministro de Fomento, quien prometió poner cuanto estuviera de su parte para que la ley fuese cumplida; pero todo en vano: las ilegalidades siguen en pie, y no hay hasta ahora una autoridad que tome decididamente la resolución de aplicarles el oportuno correctivo.

«¿Qué hacer en vista de tal resultado? La Asociación del Arte de Imprimir, que desea apurar todos los trámites legales para que sus actos no sean motivo de censura ni aun por parte de los más escrupulosos cortesanos, convocó particularmente á las Sociedades obreras, y en general á todos los trabajadores que se hallaran conformes con reclamar de los Poderes constituidos el cumplimiento de la ley expresada, á una reunión pública que se verificó el día 18 de abril del corriente año en el teatro Felipe de esta corte, y en esa reunión dió cuenta de las gestiones realizadas por su Junta Directiva cerca de los representantes del Poder judicial y del Sr. Montero Ríos, poniendo al mismo tiempo de relieve una vez más la inutilidad de las tentativas de los obreros cuando tratan de recabar alguna mejora que beneficie sus intereses.

«Pero ¿qué podemos esperar quienes constituimos las verdaderas energías del país; quienes somos las arterias de ese viejo organismo económico que por sí solo se desmorona para surgir de él otro nuevo, más perfecto y más robusto; quienes somos las víctimas sacrificadas en aras de eso á que las clases poseyentes dan el nombre de intereses creados; quienes componemos los más y somos el ludibrio de los menos; qué podemos esperar, repetimos, de un Poder en el que no tenemos representación para que nuestras quejas sean atendidas y hallen eco fiel en las altas regiones gubernamentales?

«Ni aun la Prensa de la clase privilegiada, esa Prensa que acoge con aparente fruición todas las ideas nobles, cediendo realmente á un afán desapoderado de ser objeto de los halagos del aura popular—cosa que entra por mucho en sus cálculos mercantiles;—ni aun esa Prensa, si se exceptúa un solo periódico, ha dicho una palabra para encomiar los propósitos de la Asociación del Arte de Imprimir, al pretender ésta el cumplimiento de la ley reguladora del trabajo de los niños y de las mujeres. Pero ¿cómo ha de hablar en favor de tan saludables propósitos si sería ella en primer término la perjudicada con la aplicación de ese texto legislativo? No; la clase obrera en esta cuestión, como en casi todas las cuestiones, es desatendida por los que se dicen representantes ó ecos exactos de la opinión pública; pero tanto peor para ellos mismos, porque el resultado de tales desatenciones sólo sirve para hacer á cada instante más robustas las filas que militan valientemente bajo la enseña redentora del proletariado, la Asociación.

«La reglamentación del trabajo de los niños tiene grandísima importancia desde cualquier punto de vista que se la mire. El desposeído obrero, realizando en la niñez una faena superior á sus fuerzas proporcionales, entra en la edad viril siendo un viejo prematuro, si antes el exceso de trabajo no le ha hecho contraer una enfermedad cuyo desenlace haya sido la muerte. Además, el niño obrero que es objeto de explotación por parte de gentes sórdidamente codiciosas, priva inconscientemente á un padre de familia del sustento que había de proporcionar á sus hijos para librarse de los horrores del hambre.

«Y qué diremos de la mujer obrera, constreñida por su educación rutinaria y por la debilidad de su sexo á humillarse con estoica resignación ante el afán del lucro de los patronos que tienen por único punto de mira el crecimiento de sus intereses? Ni el trabajo en que se ocupa ese desdichado ser se halla casi nunca en justa proporción con la delicadeza de su organismo, ni la duración de su jornada es equitativa, ni el salario que percibe es suficiente para atender á las más apremiantes necesidades de la vida. ¡Y aun hay gentes meticulosas que se asombran del crecimiento de la prostitución y achacan al vicio la causa de este desbordamiento moral!

«No es preciso acudir á la galanura en la emisión de los conceptos retóricos para encarecer la importancia de los males ocasionados por esos abusos lamentables que se están ejerciendo en contravención de una ley hecha en Cortes y sancionada por un Poder ejecutivo: la sola enunciación de los hechos, tales y como son, constituye la manifestación más elocuente de la justicia que preside á nuestras pretensiones del momento.

«La Asociación del Arte de Imprimir, iniciadora de la idea de reclamar de los Poderes públicos el cumplimiento de la ley que regula el trabajo de niños y mujeres, no está sola en su justa demanda: á su lado figuran muchas y muy importantes Sociedades obreras de Madrid y provincias; á su lado está la inmensa mayoría de los trabajadores de la nación.

«Al dirigiros hoy á V. E. abrigamos la duda de que nuestras quejas sean atendidas por el Gobierno que V. E. preside; pero, sin embargo, dispuestos á agotar todos los recursos, hacemos uso del derecho que la Constitución nos concede, para pedir la aplicación inmediata y en todas sus partes de la precitada ley de 24 de julio de 1873.

«Si en esta ocasión fuésemos también desatendidos en nuestras legítimas aspiraciones; si nuestra voz, que es la de todos los trabajadores conscientes, se perdiese una vez más en el vacío, nos reservamos, como término final de apelación, el de acudir á las Cámaras legislativas.

«Madrid, 25 de abril de 1886.—LA JUNTA DIRECTIVA.» El anterior documento, cuyo espíritu está inspirado en la reunión del 18 del pasado, podrá ser suscrito por todas las Sociedades obreras y por los trabajadores que deseen se traduzca en hechos la ley sobre el trabajo de

los niños. Por lo tanto, durante el mes actual se recibirán las adhesiones en la Secretaría de la Asociación pudiendo hacerse todos los días laborables, de ocho á diez de la noche.

Las adhesiones de provincias se dirigirán dentro del mismo plazo, á nombre del Secretario, Jardines, 32, 1.º

LA COALICIÓN BURGUESA

En el Casino Republicano Progresista.

El Sr. Pi:

«La República inspira, no ya temor, sino confianza. Ve la nación entera que solicitamos todos el concurso de todas las clases y todos los partidos; comprende que los republicanos que no han entrado aun en la coalición no han de suscitarle obstáculos, y confía en la nueva forma de gobierno. Nosotros queremos todos efectivamente hasta el concurso de las clases conservadoras, clases que no hay que confundir con el partido conservador, ya que son más bien antitéticos que idénticos. Al partido conservador, harto lo sabéis vosotros, debemos los mil y un abusos de que adolecen nuestra economía y nuestro régimen político; al partido conservador principalmente la corrupción que corroe y devora las entrañas de la patria; y las clases verdaderamente conservadoras, agobiadas por la pesadumbre de los impuestos, quieren precisamente que llevemos el hacha á la raíz de esos abusos y cortemos un cáncer que pone en peligro la misma existencia de la sociedad española.

«Quieren que se ponga orden en la administración, y se rebaje hasta donde quepa la cifra de los gastos, y se corte el déficit de los presupuestos, y se cierre el período de esos empréstitos que tanto agravan de continuo á la situación de la Hacienda y nos llevan á pronta ruina.»

«Saben los trabajadores quienes son esas clases verdaderamente conservadoras?

Pues los burgueses de todas clases; los que viven y se enriquecen á costa de nuestro trabajo; los que aprovechan la actual crisis económica para reducir nuestros salarios y aumentar el tiempo de nuestra explotación; los que sacrifican nuestros hijos en aras de su sad de beneficios, imponiendo á sus débiles fuerzas mortífero trabajo; los que someten á nuestras hermanas, esposas y madres, por una retribución más que mezquina, á los sufrimientos y á las torturas del taller y de la fábrica.

Si; los que hacen todo eso y más aun son los que constituyen las clases verdaderamente conservadoras, cuya cooperación solicita el Sr. Pi para traer la República, y á las cuales trata de ganar dicho señor haciéndoles comprender, como no ha mucho lo intentó con los burgueses monárquicos de la Unión Mercantil, lo barato que es el sistema republicano y lo mucho que ganarán sus intereses con el planteamiento del mismo.

¿Qué opinan nuestros compañeros de ese llamamiento y esa oferta hechos por el jefe del partido federal á los expoliadores y verdugos de la clase productora?

Oigamos al que siendo Poder declaró pirata á la escuadra española, al Sr. Salmerón, diputado electo por Madrid gracias á los votos de los ministeriales:

«No vaya á temer el país que nosotros le amenazamos á cada paso con un cambio de Constitución ni con esas crisis que se resuelven con la división del país; crisis siempre temidas por los intereses conservadores, con los que hemos de hacer las transacciones que exige el planteamiento de instituciones jóvenes hasta que se consolidan y robustecen.»

O lo que es lo mismo: no tema la burguesía que vayamos á intentar mejoras que, beneficiando á los trabajadores, puedan lesionar en lo más mínimo los intereses de los que explotan. Nada de eso. Transigiremos con la explotación, y lo más que haremos, si no nos molestan mucho, es tolerar á sus víctimas las quejas que les arranque el dolor.

Pero el gran filósofo no se ha contentado con tranquilizar al país (que tiene, ¿eh?) y con prometer una transacción á los intereses conservadores, sino que ha ido más lejos: ha llegado hasta sostener la necesidad de conservar el culto y clero católicos.

¡Y el hombre que tales cosas dice se llama revolucionario! ¡Y hay obreros que confían en que la República que traiga este hombre y su partido ha de ser fautora de beneficios materiales para la clase proletaria!...

Un arranque de lirismo del Sr. I ortuondo:

«Pues es preciso que convenzamos de esto—la necesidad de la República—al ejército y á todas las clases. Al pueblo consumidor, porque sólo con nosotros tendrá pan que comer, y sólo con nosotros, dentro del orden que la República establece, es como puede este pueblo vivir barato y por consiguiente vivir; y que no suceda aquello que decía un ilustre cirujano de Madrid: que temblaba cuando le llamaban para operar á los pobres obreros ó alguno de esos trabajadores, porque en vez del vigor que manifestaban en la apariencia, lo que encontraba bajo el hierro con que operaba era falta absoluta de sangre y de vida.»

Pero Sr. Portuondo, ¿cómo se atreve usted á decir esas cosas cuando los obreros de Suiza sufren una explotación tan dura y cruel como la que experimentan los trabajadores de los países regidos por instituciones monárquicas? ¿No sabe usted que en Francia, á pesar de haber República, hay muchos millares de obreros sin trabajo alguno, y los que trabajan cobran jornales inferiores á los de los obreros ingleses? ¿Ignora usted que en los Estados Unidos, república federal, hay cerca de medio millón de trabajadores de más—lo que no ocurre en ningún otro país del mundo—y que á estas horas la clase obrera norteamericana, á causa de no poder vivir con los salarios que percibe, se halla en huelga? Pues si sabe esto, ¿á qué decir acerca de los desatinos? Y si no lo sabe, cállase usted y no corra peligro de pasar por hombre de poco seso ó por embaucador.

Los tiempos, señores republicanos de todos matices, no están ya para hacer de la clase obrera un instrumento que sirva ciegamente los fines burgueses que ustedes persiguen. La época en que eso ocurría ya pasó.

RESPUESTA A UNA CALUMNIA

Las dos hijas de Carlos Marx han creído de su deber contestar en el *Social-Demokrat* a la estúpida acusación lanzada por Bismarck contra el pensador comunista. Insertamos con gusto esta contestación, tomándola del órgano oficial del Partido Socialista Alemán:

«En la sesión del Reichstag alemán del 31 de marzo, M. de Bismarck decía, según la reseña oficial taquigráfica:

«Este (Bebel) se ha apoyado en Marx. Yo no sé si Marx tenía escuela de asesinos, pero he oído decir que el hombre cuyo epistolario ha dejado señales en mi cuerpo, que Blind, era discípulo de Marx.»

«A este singular temor que inspira a M. de Bismarck nuestro difunto padre, he aquí nuestra respuesta:

«1.º Desde la edad de doce ó trece años Fernando Blind no había visto á ver á Marx ni había tenido con él ningún género de relaciones.»

«2.º Si Fernando Blind, al disparar un pistoletazo contra M. de Bismarck, arrostraba valerosamente la muerte, no podía guiarse sino la idea patriótica de preservar la Alemania de una guerra civil y librar la opinión pública alemana, liberal, progresista y democrática, en una palabra, la burguesía alemana, de la opresión bismarckiana. Cosas que dejaban á nuestro padre en la más absoluta indiferencia.»

«3.º Lo mismo que el maestro y modelo de M. de Bismarck, Luis Bonaparte, y que todos los demás «grandes hombres» de la dominación capitalista en su época, M. de Bismarck no era á los ojos de Marx sino una figura cómica, útil á lo sumo, y aun así por intervalos, como cómplice involuntario de la revolución proletaria. Marx no tenía el menor interés en que semejantes personajes se librasen por una muerte prematura de su inevitable Sedán en el interior ó en el exterior.»

«4.º La idea ridícula de que un hombre como Marx haya podido ocuparse en «educar asesinos», prueba una vez más cuánta razón tenía nuestro padre en considerar á Bismarck como un *hobereau* (!) prusiano de los más obtusos á pesar de toda su astucia, y absolutamente incapaz de comprender ningún gran movimiento histórico.»

«París y Londres, 14 de abril de 1886.—Laura Lafargue.—Eleonor Marx-Aveling.»

¿Saben los trabajadores cómo la clase capitalista piensa salir de la crisis económica actual? El *Daily News*, órgano influente del partido liberal inglés, ha descubierto el remedio.

Después de haberse lamentado en un largo artículo del precio infimo de las mercancías, del exceso de producción y de la baja del valor del oro, termina estampando con todas sus letras la siguiente afirmación:

«Sin una guerra formidable ó una serie de guerras, el renacimiento de la propiedad es imposible.»

Es decir, que después de haber robado á los trabajadores en los talleres y en las tiendas, los capitalistas se proponen enviarlos á morir en los campos de batalla para restablecer la prosperidad económica.

El juego es peligroso.

Napoleón III quiso consolidar su poder por medio de la guerra franco-prusiana, y en esta guerra perdió el trono. Una guerra europea podría muy bien, en los momentos actuales, precipitar el derrumbamiento de la sociedad capitalista. La situación económica es tan tirante en todos los países de Europa y de América, que todo lo que haga la burguesía redundará en provecho del socialismo. El socialismo es la nueva potencia cuyo triunfo está cercano.

Los obreros de todos los países del mundo, que trabajan sin cesar y comen lo estrictamente indispensable para reproducir su fuerza, tienen derecho á preguntarse: ¿Dónde va á sumergirse el fruto de nuestro trabajo? En el juego y en el libertinaje.

Mónaco es una ciudad de juegos y de placeres, donde los gaudules de Europa y América van á derrochar las economías hechas sobre el trabajo de los obreros: su prosperidad aumenta en proporción de la miseria obrera.

En 1864 el número de viajeros era de 4.000; en 1885, año de miseria para los trabajadores, este número ha subido á 400.000. Las rentas del príncipe de Mónaco ascendieron á 32 millones de francos en el segundo semestre de 1885. Los dividendos de los accionistas de la casa de juego de Mónaco eran en 1881 de 23 por 100; los de 1885 han sido casi dobles. Durante los meses de enero y febrero, que han sido tan terribles para los obreros de Londres, de París y de todos los centros productores, los gaudules del capitalismo, reunidos en Mónaco, han gastado más de 20 millones.

¡Trabaja y morid de hambre, obreros de todos los países, los capitalistas gozan por vosotros!

En una correspondencia de París publicada por un órgano esencialmente burgués, *El Día*, encontramos las siguientes líneas referentes á un baile de animales dado hace algún tiempo por las clases superiores de la sociedad francesa:

«La duquesa de la Rochefoucauld se viste de pelícano; M. de Ravignan, de perro; M. de Germiny, de mono; el conde de Gontaut forma los cuartos delanteros de una girafa, y su hermano los cuartos traseros; el príncipe de Broglie, de ganso; el conde de Gontaut-Biron, de perro también; el de Tocqueville, de zorro; de nutria, el de la Rochefoucauld; esta señora de «chínche»; aquél caballero de cerdo.»

¡Y decir que para sostener estos animales y otros del mismo género trabaja y se revienta tanto infeliz obrero!

Periódicos recibidos: *A Garlopa*, órgano de la Unión fraternal de Carpinteros (núm. 1.º), y *A Voz do Operario*, de Lisboa; *La Tribune des Peuples*, de París; *El Federal*, de Sabadell; *La Opinión*, diario político, de Madrid; *El Autonomista*, de Sans; *El Brazo*, de Sevilla, y *El Libre pensador*, de Barcelona.

(1) *Hobereau*, especie de hidalgo de escasos medios de fortuna, ignorante, orgulloso y brutal. En Alemania, y particularmente en Prusia, estos nobles de campanario, tiranuelos insupportables, forman una clase universalmente odiada.

CARTA DE FRANCIA

París, 2 de mayo de 1886.

Escasas serán las noticias que contendrá mi carta de hoy. Todo el interés de la política del día se concentra en la elección de un diputado por París, que tiene lugar en el momento en que escribo, y de cuyo resultado no podré dar cuenta hasta pasados uno ó dos días.

Ya conocen nuestros lectores la importancia excepcional de esta elección legislativa, que plantea por primera vez ante los electores parisienses una fase de la cuestión de la propiedad, de una manera práctica, tangible y, por decirlo así, ineludible, fatal. En la lucha que los mineros de Decazeville sostienen con heroica firmeza, de dos meses á esta parte, contra sus infames explotadores, no se trata ya de una simple hueiga, sino de la reivindicación de la propiedad de la mina á favor de la nación; y Ernesto Roche, uno de los combatientes de la batalla electoral de hoy, es el candidato de los mineros. Así lo han declarado el Comité de la huelga y la Cámara sindical de Decazeville, y en tal concepto sostienen su candidatura todas las agrupaciones socialistas revolucionarias, en oposición al partido radical, que, reunido con los oportunistas y demás republicanos «pacíficos»—léase burgueses—apoyan á un tal Gaulier.

Jamás, en ninguna elección, la cuestión social se había presentado en una forma tan clara y patente. Por esta razón, á pesar de la escasa notoriedad de los candidatos—Roche es un modesto grabador que redacta en *L'Intransigent* el *Movimiento Obrero*, y Gaulier un oscuro redactor de *Le Rappel*, completamente desconocido del público parisiense—la contienda electoral que se está resolviendo reviste todos los caracteres de un acontecimiento de primer orden.

No de otro modo lo ha comprendido la burguesía republicana, que con elocuente unanimidad se ha agrupado en torno del redactor de *Le Rappel*. Desde *La Justice*, órgano de Clemenceau, hasta *La République Française*, órgano de Ferry, pasando por el periódico del judío Meyer, *La Lanterne*, y *Le Voltaire*, del tráfuga Ranc, todos los periódicos republicanos burgueses apoyan enérgicamente esta candidatura de clase. Y para que nada falte á tan significativa manifestación, los diarios bonapartistas y orleanistas, si bien no la sostienen abiertamente, se abstienen de presentar otro candidato de sus opiniones políticas, y algunos de ellos declaran que sienten no poder apoyar una candidatura de «conservación social» que les es «simpática», y, aunque de un modo indirecto, aconsejan á sus correligionarios que voten por Gaulier.

En vano los organizadores de esta cruzada contra las justas reivindicaciones de los siervos de la mina, los mantenedores más ó menos desinteresados de los aborrecidos privilegios de los capitalistas del Aveyrón han ideado, según tienen por costumbre, todo género de falsedades y de engaños para extraviar la opinión del pueblo de París, empezando por engañarse, como el grajo de la fábula, con el nombre de *socialistas*—¡oh sarcasmo!—y concluyendo por confeccionar á última hora un larguísimo programa, que titulan pomposamente «programa radical socialista», y en el cual el agente Gaulier, cuya elección debe costearla la Sociedad minera y metalúrgica del Aveyrón, reproduce con un cinismo incomparable las mismas idénticas promesas—supresión del Senado, separación de la Iglesia y del Estado, impuesto progresivo, supresión de los derechos de consumos, amnistía para todos los crímenes y delitos políticos, etc.—que sus patronos los Clemenceau, Maret, Segismundo Lakroix y consortes hicieron á sus electores hace apenas siete meses, en las elecciones de octubre, y que han quebrantado de un modo tan indigno como escandaloso. Nadie que tenga asomo de memoria puede caer en esta nueva grosera trampa de los radicales franceses.

Es verdad que en el llamante programa estos volatineros políticos prometen, por añadidura, á los obreros que agonizan de miseria «leyes de protección y de emancipación del trabajo». Pero ni una palabra de la cuestión palpitante, de la cuestión minera; ni una línea sobre esa lucha mortífera y desigual que sostiene toda una población de trabajadores desvalidos contra una cuadrilla de ladrones millonarios.

Otra de las razones que aumentan, si es posible, el interés de la elección de que me ocupo, es la actitud que los obreros parisienses van á adoptar en vista de la conducta inequívoca de los radicales. Monsieur Clemenceau y su bando, que habían dictado hasta ahora la ley á los electores del departamento del Sena, esperan alcanzar hoy un nuevo triunfo. Nosotros tenemos confianza en que los trabajadores de París no desertarán de la causa de sus hermanos los huelguistas de Decazeville y enarbolarán, como en 1871, el estandarte de la emancipación del proletariado.

MOVIMIENTO POLÍTICO

ESPAÑA

Madrid.—Entre otras resoluciones, se han adoptado las siguientes en la Asamblea general celebrada por nuestro Partido el día 2 del mes corriente.

Aprobar la conducta de los compañeros encargados de hacer la propaganda socialista en la región catalana.

Proponer á las demás agrupaciones del Partido la creación de un Comité Central de Propaganda.

Procurar por todos los medios arbitrar recursos para extender por todas partes las doctrinas revolucionarias de nuestro Partido.

Y suscribirse por cuenta del mismo á dos ejemplares de *El Socialista*.

Barcelona.—Nuestros compañeros de esta capital se

muestran dispuestos á trabajar con interés por el desarrollo y organización del Partido en que militamos. He aquí en qué términos da cuenta el Comité socialista de Barcelona de los propósitos que le animan, al propio tiempo que hace un llamamiento á los trabajadores para que vengan al campo donde se defienden de veras sus intereses y sus derechos:

«Este Comité, que cuenta con correligionarios en todas ó la mayoría de las poblaciones de Cataluña, cree de urgente necesidad emprender una activa propaganda en favor de los ideales que sustentan el Partido Socialista, y empieza por hacer un llamamiento á cuantos individuos se hallen conformes con su política, y dispuestos, por tanto, á la defensa de la causa común á todos los trabajadores.»

«Siendo la indiferencia una de los motivos que más retardan el triunfo de la justicia social, hasta cuya proclamación no desaparecerá la explotación del hombre por el hombre, origen de las desdichas que nos rodean, cumple á nuestro deber aconsejar á los trabajadores desechen su pasividad ó indiferencia y acudan á formar en las filas del ejército obrero, encargado de la grandiosa obra de la redención y fraternidad universal.»

«Nuestra emancipación ha de ser conquistada por nosotros. Agrupémonos, pues, á la bandera del Partido Socialista, y hagámosla ondear gallardamente sobre las ruinas del antiguo edificio de la injusticia y los privilegios.»

FRANCIA

En las elecciones verificadas en París el pasado domingo ha triunfado el candidato republicano Gaulier. Sin embargo, el candidato socialista Ernesto Roche ha alcanzado la importante cifra de 100.000 votos.

La burguesía no debe estar satisfecha de su victoria.

ITALIA

No obstante las persecuciones de que son objeto nuestros correligionarios de Italia y de los obstáculos que á la propaganda de las doctrinas socialistas ponen los burgueses de todas clases, las huestes del Partido Obrero aumentan sin cesar y adquieren extraordinaria influencia entre los trabajadores.

En las próximas elecciones de diputados el Partido Obrero tomará parte, no porque abrigue la esperanza de poder enviar algún representante á la Cámara, cosa difícilísima no contando con sufragio universal, sino para afirmar su política de clase y apartar de las filas de los partidos burgueses á los trabajadores que tienen derecho á votar.

Las huelgas, numerosas en este país por la terrible explotación que pesa sobre la clase trabajadora, tienen un decidido campeón en el órgano del Partido Obrero, *Il Fascio Operaio*, que consagra especial interés á la lucha económica y ayuda con repetidas suscripciones á mantener en sus demandas, siempre justas, á los que pelean contra la sordida avaricia de la clase patronal.

BELGICA

A pesar de las bárbaras matanzas de los Van der Smissen, los socialistas belgas, sin demostrar temor alguno, prosiguen trabajando por sus ideas: ha poco han celebrado en Gante un Congreso, cuya orden del día la formaban los puntos siguientes:

Memoria del Consejo General acerca del estado moral y material del Partido.

Manifestación del 13 de junio y medidas que deben adoptarse para llevarla á efecto.

Organización interior del Partido Obrero (Federaciones locales en las principales poblaciones).

Legislación internacional del trabajo, crisis industrial, derecho al trabajo, aumento de salario, disminución de horas de trabajo, constitución de sociedades de oficio para obreros de uno y otro sexo, etc.

Cuestiones administrativas, caja de resistencia, punto donde ha de residir el Consejo General, fecha y sitio en que ha de celebrarse el próximo Congreso.

La entrada de los delegados socialistas en Gante produjo una verdadera ovación.

El primer punto que se puso al debate fué la gran manifestación del 13 de junio para reclamar el sufragio universal. Todos los delegados se pronunciaron enérgicamente porque tenga lugar. «Nosotros no tememos la revolución»—ha declarado nuestro amigo Anseele en medio de los entusiastas aplausos de los delegados. Con objeto de resolver sobre el punto indicado se discutieron las siguientes proposiciones:

1.º Si la manifestación se verifica en Bruselas el 13 de junio, el Consejo General del Partido Obrero, de acuerdo con las organizaciones obreras de los principales centros, se encargará de su organización.

2.º Si la gran manifestación fuera prohibida, se verificarán manifestaciones parciales en las capitales de todas las provincias.

3.º Si se prohibiesen también estas manifestaciones, el Partido Obrero celebrará un Congreso extraordinario para acordar lo que debe hacer.

Al Congreso que acaba de celebrarse en Gante han asistido 400 delegados.

—La insurrección de los obreros de Lieja y de la cuenca hullera, aunque desorganizada y vencida por la fuerza, ha aterrorizado á los burgueses belgas.

El ejército, en el cual tanta confianza habían tenido hasta aquí, creyendo que, al par que defendería sus privilegios y sus bienes, asesinaría á los explotados, el ejército belga les asusta tanto casi como los obreros sublevados.

Todo el mundo—el mundo burgués—habla de la necesidad de reorganizarse. El sanguinario Van der Smissen ha hecho un llamamiento á la opinión, señalándole el peligro que se corre en tener un ejército reclutado solamente entre las familias que no poseen nada.»

Para evitar esto, propone que se incorporen á él los hijos de los burgueses; pero como no es del agrado de éstos ejercer el oficio de soldado, añade que los hijos de los burgueses podrían vivir fuera del cuartel, no comer rancho, estar exentos de pasar lista, no hacer ningún servicio, en una palabra, no sufrir ninguna de las molestias que solamente los obreros son buenos para soportar.

Lo que quiere decir que los burgueses no serán soldados más que para lucir el traje, y que la defensa de la propiedad burguesa será confiada, como antes, á los desposeídos. Este es el gran peligro para la sociedad capitalista.

MOVIMIENTO ECONÓMICO

ESPAÑA

Madrid. — La Asociación del Arte de Imprimir contaba en 25 del pasado mes 1.016 individuos y su Caja disponía en la misma fecha de un fondo de 11.121,79 pesetas, de las cuales tenía impuestas en la Caja de Ahorros 10.700.

—El martes se declararon en huelga los cobradores y mayoresales del tranvía del Norte. La falta de organización, principalmente, y según tenemos entendido, el haber prestado atención á ciertas observaciones que no debieron haber tenido en cuenta, les ha hecho fracasar en su propósito.

Mientras los obreros de los tranvías, que sufren dura explotación, no se pongan de acuerdo y se asocien, nada podrán hacer para mejorar su estado. Sin organización no hay fuerza, y sin fuerza no se logra el más pequeño beneficio.

Torelló. — Los obreros de la fábrica de Corominas continúan en paro forzoso.

La causa de encontrarse así es un desafuero cometido por el director con los trabajadores.

Habiéndose negado éstos á formar parte de un montepío que pensaba formar el Sr. D. Carlos Vendrell — así se llama el tiranuelo — y á proveerse de alimentos en una fonda que quería establecer, en un momento de soberbia, y creyendo someter por el hambre á los trabajadores, los despidió de la fábrica.

Pero, á pesar de su poder y de su orgullo, este modelo de directores, ó mejor dicho, de infames vividores, no ha conseguido su objeto. La Sociedad á que pertenecen los obreros despedidos, haciéndose cargo perfectamente del acto de despotismo del Sr. Vendrell y del alcance de sus ruines propósitos, ha decidido resistir á todo trance, acordando que los trabajadores no vuelvan á la fábrica hasta que el dueño ó representante de ella no acepte las siguientes condiciones:

1.ª Que los obreros que fueron despedidos, sin excepción ninguna, vuelvan á la fábrica de Corominas.

2.ª Que salgan inmediatamente los que han ocupado las plazas de los huelguistas.

3.ª Y 3.ª Que no puedan trabajar en dicha fábrica más que los obreros que acrediten pertenecer á la Sociedad.

Applaudimos la resolución y la energía de nuestros compañeros, y les deseamos un completo triunfo sobre el que pretendía, valiéndose de medios hipócritas y viles, ejercer con ellos una segunda explotación.

ITALIA

Los albañiles de Turin, en número de 4 000, se han reunido en el Teatro Nacional con objeto de acordar que se les suba el salario y se rebaje la jornada de trabajo.

Después de una extensa discusión se determinaron los jornales que debían percibir los obreros de los distintos grupos que pertenecen á la albañilería y las horas de trabajo que han de constituir la jornada, acordándose por último que se hagan cerca de los contratistas y empresarios toda clase de gestiones pacíficas para conseguir que acepten los nuevos precios y jornada de trabajo; pero que si este proceder no da resultado alguno, se apele desde luego á la huelga.

—En Cremona se llevan á cabo activos trabajos para organizar en sociedad de resistencia á los albañiles.

Los hiladores en seda de la misma población acaban de constituirse en sociedad, á fin de alcanzar por este medio el mejoramiento de las pésimas condiciones en que trabajan. Se han inscrito ya como socios más de 200 individuos.

—Un grupo de tejedores de Milán ha dirigido un cauduroso llamamiento á sus compañeros de oficio para que se dispongan á buscar en el esfuerzo de todos, en la asociación, algún alivio al mal trato de que son víctimas por parte de sus patronos.

Se espera produzca buen efecto esta excitación y lleguen á asociarse en breve los obreros á quienes se ha dirigido.

ESTADOS UNIDOS

La huelga de los empleados de ferrocarriles toma un carácter amenazador. En muchos Estados ha habido lucha á mano armada. En San Luis, habiéndose opuesto los obreros á la salida de un tren, la policía hizo fuego sobre la multitud matando á cuatro personas é hiriendo á otras muchas. La indignación ha llegado á tal colmo: en muchos meetings se denuncia la conducta de las autoridades municipales, que, para mantener el orden, han mandado venir del Illinois 500 soldados. Durante la noche se ha incendiado la estación, impidiendo la multitud que funcionaran las bombas y rompiendo algunas de éstas. Las pérdidas se calculan en más de un millón de dólares (cada dólar equivale á cinco pesetas). Últimamente se han producido nuevas colisiones, en las que ha habido ocho muertos.

Las huelgas de los empleados de ferrocarriles ocasionan tal perturbación en el comercio y la industria, y aun en el aprovisionamiento de las poblaciones, que el asunto á la orden del día en estos instantes es la conversión de los ferrocarriles en propiedad de la nación.

La prensa burguesa americana se muestra indignada contra los obreros que se atreven á rebelarse y exigir que su suerte se mejore. Van der Smisen, el asesino de los obreros belgas, es para los periodistas americanos un verdadero héroe: todos los periódicos burgueses ensalzan sus hazañas y las presentan como dignas de imitar-

se. Estas gentes serían dichosas si pudieran tratar á los obreros americanos como recientemente ha tratado á los belgas el sanguinario Smisen.

En tanto los capitalistas se lamentan de que no se pueda destruir por la fuerza la agitación obrera, se descubren una porción de negocios sucios en el Consejo municipal de Nueva York, cuyos robos son tan escandalosos, que se ha visto obligado el Gobierno á tomar cartas en el asunto, ordenando el arresto de las tres cuartas partes de los individuos que constituían dicho Consejo.

¿Qué situación más excelente la que gozan los obreros de los Estados Unidos y de qué buenas intenciones y moralidad se hallan poseídos los burgueses de la república modeló!

—Según se había anunciado, el 1.º de este mes las Sociedades obreras de los Estados Unidos, cumpliendo el acuerdo que habían tomado, han declarado la huelga en las fábricas y talleres que no han aceptado la jornada de ocho horas.

Aunque hasta la fecha no hay noticias de origen obrero que den á conocer el aspecto de la cuestión, las que comunican las agencias telegráficas hacen suponer que la huelga reviste caracteres imponentes.

Por ellas se sabe que en Chicago y Nueva York se han celebrado grandes manifestaciones por los huelguistas, en las que tomaron parte los hombres más significados del Partido Obrero, pronunciando enérgicos discursos y atacando la terrible explotación que ejercen los capitalistas. Los despachos recibidos de Nueva York dan cuenta de que las huelgas se propagan rápidamente por todos los Estados Unidos, tomando proporciones considerables. En Chicago han llegado las cosas á tal punto, que los huelguistas han atacado una fábrica, con objeto de incendiarla. La policía, preparada de antemano, ha intervenido en las manifestaciones, dando lugar á una verdadera batalla, de la que han resultado muertos varios agentes de policía y algunos obreros. Hubo además muchos heridos por ambas partes. La actitud de los obreros cada vez más amenazadora. Los burgueses, según acostumbran en estos casos, han pedido que la tropa vaya en su auxilio.

Con objeto de preparar á los obreros para esta campaña, el Partido Socialista Obrero ha publicado poco há un folleto cuyo número de ejemplares, 80.000, ha sido agotado en poco tiempo.

LA COMMUNE

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA (1)

Mientras el Gobierno de Versalles, después de haber recobrado algún valor y fuerza, usaba de los medios más violentos contra la Commune; mientras sofocaba la manifestación de la opinión de toda la Francia, hasta el extremo de prohibir la reunión de los delegados de las grandes ciudades; mientras sometía á Versalles y al resto de la Francia á un espionaje cien veces peor que el del segundo Imperio; mientras por medio de sus gendarmes inquisidores quemaba todos los periódicos impresos en París y violaba toda la correspondencia que entraba y salía de esta capital; mientras en la Asamblea Nacional, apenas se levantaba alguna tímida voz en favor de París, era sofocada de una manera nunca vista, ni aun en la Chambre Intronizable de 1816; con la guerra de Versalles fuera de París y los ataques, los complotos y la corrupción dentro de sus muros, ¿no hubiera la Commune hecho traición á la confianza que en ella había depositado el pueblo, queriendo guardar las mismas apariencias de liberalismo que si hubiera reinado una profunda paz? Si el Gobierno de la Commune se hubiese asemejado al de M. Thiers, hubiera suprimido los periódicos que el partido de orden publicaba en París, del mismo modo que se recogían y suprimían los periódicos comuneros en Versalles.

Era verdaderamente irritante para los rurales el ver que al mismo tiempo que ellos declaraban que la única salvación de la Francia consistía en volver á la Iglesia, la impía Commune daba á conocer los misterios particulares del convento de Picpus y de la iglesia de San Lorenzo. Era una sátira contra M. Thiers el que la Commune destituyera y arrestara á sus generales á la menor sospecha de que faltaban á sus deberes, mientras que él prodigaba grandes cruces á los generales bonapartistas en premio de su habilidad para perder batallas, firmar capitulaciones y hacer cigarrillos de papel en Wilhelma-hohe.

La expulsión y arresto hecho por la Commune en la persona de uno de sus miembros, que se había introducido en ella bajo un nombre supuesto y había sufrido seis días de prisión en Lyon por simple delito de bancarrota, ¿no fué acaso un insulto meditado contra Julio Favre, que era entonces Ministro, y estaba vendiendo la Francia á Bismarck y hasta dictando sus órdenes á ese remedo de Gobierno belga? Pero la Commune no pretendía en modo alguno la infalibilidad, ese atributo esencial de todos los antiguos Gobiernos: por eso publicó sus dichos y sus hechos é inició al pueblo en todos y en cada uno de sus designios.

En todas las revoluciones se introducen á la sombra de sus verdaderos iniciadores hombres de diferentes ideas, algunos de ellos que sobreviven y continúan adictos á las revoluciones anteriores, y que, aunque no hayan hecho nada para realizar el movimiento, conservan su influencia popular por su reconocida honradez y valor ó por su probada fuerza de convicción, y otros que en toda su vida han sido otra cosa que unos charlatanes

(1) Documento publicado á raíz de la caída de la Commune por el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

que, á fuerza de repetir año tras año la misma serie de declamaciones estereotipadas contra el Gobierno del día, han adquirido la reputación de revolucionarios de primer orden. Después del 18 de marzo algunos de estos hombres fueron llamados á desempeñar cargos eminentes.

Mientras éstos estuvieron en el Poder, coartaron la acción de la clase obrera, del mismo modo que han coartado siempre el desenvolvimiento de todas las revoluciones. Esta clase de hombres son un mal necesario; con el tiempo se les va conociendo y se les expulsa, pero la Commune no tuvo tiempo para esto.

¡Admirable fué el cambio que la Commune introdujo en París! Ya no quedaba ni rastro del París prostituido del segundo Imperio. Ya no era el París que servía de punto de reunión á los lóres ingleses, á los viajeros irlandeses, á los esclavistas americanos, á los potentados rusos y á los boyardos vascos. Ya no había cadáveres en la Morgue, ni escalamientos ni robos nocturnos. Era la primera vez que desde febrero de 1848 había seguridad en las calles de París, y eso que no había policía de ningún género. Un miembro de la Commune dijo: «Ya no oímos hablar de asesinatos, de robos, ni de ataques personales; parece que la policía se ha llevado consigo á Versalles á todos sus amigos, los perpetradores de esos crímenes.» Las prostitutas se habían ido al olor de sus protectores, de esos defensores de la familia, de la religión y de la propiedad. En su lugar aparecieron las verdaderas mujeres de París, heroicas, nobles y decididas como las mujeres de la antigüedad; trabajando, pensando, defendiendo la capital, olvidándose, en medio del entusiasmo de su iniciación histórica en la fundación de la nueva sociedad, de los canibales que tenían á sus puertas.

En contraposición á este mundo nuevo de París, ved ahí el mundo viejo de Versalles, esa Asamblea compuesta de partidarios de todos los muertos regímenes, legitimistas y orleanistas, ansiosos de cebarse en el esqueleto de la nación, con un apéndice de republicanos fósiles sancionando con su presencia la rebelión de los esclavizadores, confiando en la conservación de la República parlamentaria á la vanidad del viejo saltimbanqui que se halla á su cabeza y creyendo que parodiaban á 1789 con celebrar su sombrías reuniones en el Juego de Pelota. Tal era esta Asamblea, representante de cuanto había muerto en Francia, y á la que se quería prestar vida valiéndose de las espadas de Luis Bonaparte. París era todo verdad; Versalles todo mentira: mentira que esparcían por doquiera los labios de Thiers.

Thiers decía á una diputación del departamento del Sena y Oise: «Pueden ustedes confiar en mi palabra: nunca he faltado á ella!» Y decía, dirigiéndose á la Asamblea misma, «que era la que se había elegido con más libertad y la más liberal de cuantas ha tenido la Francia»; y á su soldadesca, «que era la admiración del mundo y la más valiente que había habido en Francia»; y á los departamentos, «que lo del bombardeo de París era sólo una amenaza, y que, si se habían disparado algunos cañonazos, no era el ejército de Versalles quien lo había hecho; eran los mismos insurrectos para hacer creer que se estaban batiendo, cuando ni siquiera se atrevían á presentar la cara»; y otra vez á los departamentos, «que la artillería de Versalles no bombardeaba á París, sino que le cañoneaba»; al arzobispo de París, «que los fusilamientos y prisiones que se achacaban á las tropas de Versalles, no eran ciertos»; y á París, «que lo único que desea es salvarlo de los odiosos tiranos que le oprimen, y que el París de la Commune no era su realidad otra cosa que una horda de foragidos».

El París de M. Thiers no era el París real, el París de la «vil multitud», sino un París fantasmagórico, el París de los francs-fleurs, el París de los boulevares, el París rico, engalanado y perezoso, reuniendo sus lacayos, sus jugadores, su bohemia literaria y sus meretrices en Versalles, Saint-Denis, Rueil y Saint-Germain; tomando la guerra civil como una diversión agradable, mirando las batallas con anteojos de larga vista, contando los disparos de cañón y jurando por su honor y el de sus prostitutas que aquella escena había sido mucho mejor representada que las que se acostumbraba ver en el teatro de la Puerta de San Martín. Los hombres que caían estaban verdaderamente muertos; los lamentos de los heridos eran verdaderos lamentos; el conjunto era verdaderamente histórico.

Este es el París de M. Thiers, como la emigración de Coblenz era la Francia de M. de Calonne.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

París. — H. O. — Recibido 2,50 pesetas: sobra para un trimestre y falta 1 para un semestre, ¿qué hacemos?
Barcelona. — T. R. — Recibidas 96,50 pesetas por suscripciones de esa localidad, Gracia y Roda, y paquetes.
Bauma de Castellvell. — J. G. — Recibido importe trimestre y 50 céntimos de donativo: suscripción desde 1.º de mayo.
Cuenca. — F. M. — Remita señas de los dos suscriptores: á las suyas se le enviaron los números; se ha recibido libranza.
Mataró. — B. O. — Se envían 75 ejemplares desde este número. Se escribe.
Santander. — P. G. — Recibidas 9 pesetas, importe de paquetes hasta el núm. 8 inclusive.
Valladolid. — J. R. — Recibido por conducto de H. P. importe suscripción hasta fin de mayo.

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

COMITÉ DE MADRID

Cuantos individuos deseen inscribirse en las filas de este Partido, podrán dirigirse todos los días no festivos, de ocho á diez de la noche, á la calle de Hernán-Cortés, núm. 8, pral. — P. A., JUAN GÓMEZ CAMPO, Secretario.

R. VELASCO, imp., Rubio, 30. — Madrid.